

mo tiempo que llenaba su alma la celestial belleza de la *Perla* de Rafael. Venus, ni madre ni virgen; María, Virgen y Madre; Venus, delicia de los dioses y de los hombres; María, gloria del cielo y de la tierra. Veía la mujer que nos pierde y la mujer que nos salva. Admiraba en la estatua la belleza humana y adoraba en el cuadro la belleza divina. La estatua le mostraba la pureza de los contornos, el cuadro le infundía la pureza del alma. Descubría en la obra de arte pagano lo que hay de mortal en el genio del hombre; distinguía en la obra de la inspiración cristiana lo que hay de eterno en el espíritu humano, y sacaba estas dos conclusiones: ¿Qué es la Venus de Médicis?.. Una bella mujer. ¿Qué es la *Perla* de Rafael? Una santa familia.

Entre la estatua y el cuadro había una puerta que comunicaba con una galería de cristales, verdadero invernáculo, donde al calor de las estufas se desperezaban sonolientas las plantas más raras y las más bellas flores. En aquella puerta aparecieron de pronto la radiante señorita de Miramar y el marqués dichoso. El amigo de Montero, sorprendido por la aparición de la brillante pareja, los miró un momento y volvió tranquilamente á sus meditaciones.

— ¡Bravo! — exclamó ella entrando. — Este gabinete es un precioso templo consagrado al arte. Convengamos en que los ingleses no tienen genio, pero reconozcamos que tienen buen gusto.

El marqués se atrevió á replicar y dijo:

— Señora, ¡y Shakespeare... y Milton... y Shéridan... y Byron... y Walter Scott!..

— ¡Caballero! — contestó Margarita, — el genio no tiene patria; mas no nos ocultemos que la patria menos visitada por el genio es Inglaterra.

Diciendo esto se desprendió del brazo del inglés y comenzó á examinar los lienzos que cubrían las paredes,



ENTRÓ EN EL GABINETE Y SE SENTÓ EN EL EXTREMO DE UN DIVÁN

hasta colocarse de espaldas al joven, que continuaba abismado en sus meditaciones. Poco á poco fué Margarita retrocediendo, como quien busca el golpe de luz conveniente al cuadro que examina, hasta que al fin dijo:

— Aquí está el punto de vista... Paul de la Roche es un gran pintor.

Retrocediendo, retrocediendo, había llegado al diván, y mirando el cuadro decía:

— ¡Qué admirable expresión la de estos niños!. Vea usted, marqués, vea usted este cuadro; representa á los hijos de Eduardo... No se pueden ver sin que las lágrimas acudan á los ojos.

Al pronunciar estas últimas palabras, se sentó..., ¡qué casualidad!, cerca del hombre que la desesperaba con su indiferencia.

Allí agotó los recursos de la coquetería, se permitió todo lo que la sociedad consiente, en lo cual entra algo que la honestidad no autoriza. Descubrió su preciosa mano, destacó sobre el fondo obscuro del diván su soberbio brazo y sus hombros de Venus, marcó con graciosos movimientos las más seductoras inflexiones de su talle, el pie impaciente asomó inquieto bajo las ricas ondas de los finos encajes, estuvo triste y estuvo alegre, habló como una loca y llegó á reír como una tonta. Pero todo fué inútil, no obtuvo ni una palabra, ni una mirada, ni una sonrisa, ni siquiera un suspiro; era una insensibilidad que se acercaba al desprecio.

Aquello era inaudito, no se parecía á nada, jamás hubiera creído que pudiese existir un hombre semejante.

Entonces debió renacer en su pensamiento la sospecha de que podía ser objeto de una burla, pues se levantó airada, y cogiendo de nuevo el brazo del marqués se dispuso á salir del gabinete; pero al llegar á la puerta se detuvo exclamando:

— ¡Ay..., mi abanico!

En efecto, se lo había dejado en el diván, cerca de aquel hombre impasible que ya le inspiraba odio; odio tanto más profundo, cuanto que había llegado á presumir, á temer que lo amaba.

La exclamación de Margarita hizo que el joven reparara en el abanico, y cogiéndolo con sumo respeto se dirigió á ponerlo en manos de su dueña. Ella, sin duda, esperaba esto, porque apareció en su semblante un gesto de desdén tan rápido como expresivo, y clavando en el diplomático su mirada más imperiosa, volvió á repetir:

— Marqués..., mi abanico.

El marqués se adelantó á recogerlo de las manos del joven, que se acercaba; mas éste lo retuvo, diciendo con voz dulce, aire risueño y exquisita finura:

— Creo, caballero, que la cortesía me obliga á disputarle á usted el honor de poner en manos de la bella señorita de Miramar este precioso abanico, que una feliz casualidad ha puesto en las mías.

El secretario miró á Margarita preguntándole: «¿Qué hago?,» y la respuesta fué un brusco movimiento, que literalmente traducido quería decir: «¡Oh, qué impertinencial!» Entonces replicó:

— La cortesía tiene también límites respetables que no nos es lícito traspasar.

Y diciendo y haciendo arrebató el abanico de entre las manos del joven, que se quedó inmóvil, fruncido el entrecejo y pálido como un difunto, mientras el marqués y Margarita salían del gabinete; él satisfecho y ella vengada.

Sólo Montero había presenciado esta rápida escena, y con la cara más feroz que había puesto en su vida, se acercó á su amigo y le dijo:

Dime ahora que el inglés no te revienta.

— No me conoces — le contestó muy tranquilo. — Te

juro que no abrigo contra él ni el más ligero resentimiento.

— Pues yo — prorrumpió el coronel — te juro que si acertamos á estar en otra parte, ese miserable te devuelve el abanico de rodillas.

— Felizmente — le replicó — has sabido contenerte por respeto al lugar en que estamos. Te lo agradezco en el alma. ¿Quieres hacerme otro favor?..

— Pide.

— Prométeme no volver á hablar más de este asunto.

El coronel se atusó los bigotes, se rascó la frente, miró al techo, y al fin dijo:

— Ea, corriente; te lo prometo.

Pasó el resto de la noche sin ningún incidente digno de contarse.

A la hora avanzada en que la concurrencia empezó á disminuir visiblemente, el secretario de la embajada española en Londres salió á la antesala donde se hallaban los lacayos, á pedir el coche de los señores de Miramar. El coronel Montero iba detrás del diplomático, y sucedió que al volver el marqués precipitadamente á decir á los señores de Miramar que el coche esperaba al pie de la escalera, sintió en la pierna derecha, por debajo de la rodilla, un golpe repentino, que le hizo perder el equilibrio hasta tal punto, que vaciló un instante, cayendo al fin de boca. Los circunstantes se echaron á reír sin poder contenerse, y el joven diplomático se levantó como pudo en medio de una ruidosa carcajada.

En toda caída hay algo más duro, más insensible, más cruel que el suelo que nos recibe, y es la risa de la gente que nos ve caer; risa, por otra parte, tan natural, tan espontánea, tan inevitable, que el mismo que cae se ríe siempre que puede.

En otra ocasión hubiera apelado el joven secretario al recurso diplomático de reírse de sí mismo, pero en la oca-

sión presente tuvo más á la mano la ira que la risa, y más se llenó la medida de su enojo al ver al coronel Montero, que haciendo grotescas reverencias le decía:

— Mil perdones, caballero, mil perdones.

La risa de los circunstantes estuvo á punto de estallar otra vez, pero la voz airada del marqués la detuvo, diciendo:

— Quisiera saber cómo ha sucedido esto.

Era á Montero á quien se dirigía, y Montero le contestó:

— Es muy sencillo, y creo que va usted á quedar enterado. La cosa ha sucedido así: usted venía al mismo tiempo que yo iba, nuestras piernas derechas se han encontrado en el aire cuando menos lo esperaban; la mía es más fuerte, y usted ha caído.

La cólera del inglés iba en aumento.

— Semejante explicación — replicó — no puede satisfacerme.

— En ese caso — dijo Montero — no veo más que un medio para que usted se satisfaga. También es muy sencillo. Vuelva usted á encontrarme, yo le prometo á usted que tropezaremos, y entonces podrá usted ver por sí mismo cómo caen los que tropiezan conmigo.

— Eso es ponerse en razón — contestó el inglés. — El medio me parece excelente, y aseguro que no perderé la ocasión de hacer la experiencia.

Dichas estas palabras, dió media vuelta, dejando á Montero con la risa en los labios.

Pronto circuló por los salones de boca en boca y de oído en oído la siguiente especie: «El inglés tiene un lance.» Y algunos añadían el sitio, la hora, las armas y los testigos que habían de intervenir por una y otra parte.

La baronesa de C... cogió al vuelo todos estos detalles, y acercándose á Margarita y bajando la voz, le dijo:

— Querida mía, tu inglés *pur sang* se bate mañana.

Margarita se irguió como debió erguirse Inglaterra cuando supo que Napoleón estaba vencido. Sin embargo, no pareció inquieta, y preguntó sencillamente:

— ¡Un duelo!.., y ¿por qué?

— Por nada — le contestó su amiga. — O, lo que es lo mismo, por cualquier cosa. Las mujeres por todo lloramos, y los hombres se baten por todo. Imagínate que el marqués, ciego con el triunfo que le has proporcionado, tropieza *tête-à-tête* con el primero que encuentra, y sin que nadie pueda impedirlo, se le van los pies y cae de boca; los circunstantes se ríen, él se acalora, el otro contesta, y *tableau*. Pero no te inquietes; será un duelo á primera sangre, habrá un arañazo, y asunto concluído.

Cualquiera mujer á quien se le hubiese dicho «tu inglés se bate,» habría preguntado inmediatamente: «¿Con quién?» Pero Margarita no hizo semejante pregunta, porque.., ¿con quién había de ser?.. No obstante, preguntó:

— ¿Y te parece el suceso enteramente casual?..

— Puede que no sea enteramente casual. La envidia es mala: hay muchos que te adoran; tú has distinguido al marqués, y... Pero ¡bah! no te aflijas, no pienses en ello... Ahora caigo..., no puede ser..., *n'est pas possible*.

— ¿Por qué?

— Porque el otro es un insigne calavera, *esprit fort*, incapaz de sentir nada por ninguna mujer; se ríe soberanamente de todas.

Margarita se puso pálida como la cera.

— Tú — prosiguió — debes conocerle; estoy segura de que le conoces.

Margarita se puso encarnada como una amapola.

— ¡Yo!.. — dijo.

— Tú — insistió la baronesa. — ¿Quién no conoce al coronel Montero?.. ¡Es tan *remarcable!*..

Margarita estrujó imperceptiblemente el rico pañuelo que tenía entre sus manos.

Esta conversación fué interrumpida por la presencia del señor de Miramar. Su hija lo cogió del brazo, le aseguró formalmente que estaba muy cansada, y decidieron retirarse: el coche esperaba ya al pie de la escalera.

Entre tanto, el hombre inaccesible lo mismo á las seducciones que á los ultrajes de Margarita, parecía dominado por una inquietud repentina. Con el aire distraído del que busca lo que no encuentra, recorrió los salones, indagó en las antecámaras, registró la galería de cristales, fué al *buffet*, volvió al salón del baile, y todo inútilmente.

La concurrencia empezaba á desaparecer, la fiesta se extinguía poco á poco como una luz que se apaga, y todavía hizo nuevas indagaciones, que fueron tan inútiles como las primeras, y por consiguiente las últimas. Corrió apresuradamente al *guardarropa*, tomó su abrigo y se lanzó á la escalera.

Al bajar los primeros escalones distinguió al coronel Montero en la puerta de la calle, pronto á desaparecer entre la confusión de convidados que salían, y lo llamó con voz vigorosa. El duelista se detuvo, esperando á su amigo.

He aquí lo que hablaron:

— Has provocado á ese hombre.

— Sí.

— Vas á matarlo.

— Sí.

— ¿Y te parece bien?

— Sí.

— Vamos á cuentas. La vida de ese hombre me pertenece. ¿No es á mí á quien ha ofendido primero, arrancándome de las manos el abanico de la señorita de Miramar?..
Contesta.

— Amigo mío, prometí formalmente no volver á hablar de semejante cosa, y no hablaré aunque me hagas pedazos. El coronel Montero cumple siempre lo que promete.

Llegaron á una de las esquinas que en ángulo recto forma el palacio de la embajada, y allí hicieron alto, ambos silenciosos, pensativos, sombríos.

Un oficial subalterno, cuyo uniforme anunciaba á un ayudante de campo, se les acercó de improviso, y saludando militarmente, dirigió á Montero estas palabras:

— Mi coronel... Debe V. S. presentarse inmediatamente en la capitania general... Es la orden que traigo.

— ¡Hola, hola! — exclamó Montero. — El capitán general me llama con urgencia... Ya lo adivino... Tiene, por lo visto, que comunicarme órdenes importantes... Muy bien. Comprendo el caso..., lo esperaba, aunque no tan pronto. Está bien, está muy bien... El capitán general quiere, sin duda, dormir tranquilo esta noche. Caballero oficial, estoy á sus órdenes; iré, porque no sé huir ni cuando me prenden.

Y volviéndose á su amigo, añadió rechinando los dientes:

— Aquí tienes la mano traidora de ese delator infame. ¿Sabes lo que es esto?.. Un viaje de recreo, en que voy á probar todos los medios de locomoción conocidos. Mira el itinerario: desde aquí á la capitania general, á pie; de la capitania general á las prisiones de San Francisco, en coche; de las prisiones de San Francisco á Cádiz, en ferrocarril; de Cádiz á Canarias, en vapor. Ya ves que conozco perfectamente el camino, lo cual te probará que sé volver. Pero mañana ese cobarde diplomático se burlará de mí..., irá al terreno y yo faltaré... ¡Oh!..

Y alzaba las manos y apretaba los puños, porque en su furor, no pudiendo batirse con un hombre, desafiaba al cielo, y preguntaba:

— ¿Te parece esto divertido?

— Sí, contestaba su amigo.

— ¿Te parece bien?

— Sí.

— ¿Te alegras?

— Sí.

— No me sorprende — añadió bufando de cólera. — Reconozco tu derecho, y sé que darías buena cuenta del inglés... ¡Demonio!.. Si yo no pudiera ir... hablaríamos. Pero iré, aunque el mundo se hunda. No hay centinela que me detenga, ni prisión que me sujete. Si me fusilan, te juro que iré después de fusilado; el coronel Montero es muy capaz de resucitar para batirse. Ahora, señor ayudante, vamos á ver qué quiere Su Excelencia... Ya he dicho que estoy á vuestras órdenes.

Diciendo esto, echó á andar con aire majestuoso y marcial continente. Siguióle el oficial á respetuosa distancia con la sumisión de un subalterno, guardándole las mayores consideraciones. Y yo pregunto: ¿Por qué tanto respeto? ¿Porque era coronel, ó porque era conspirador?

El amigo permaneció en la esquina hasta que los vió desaparecer en el extremo de la calle. Entonces les volvió la espalda, tomando la dirección opuesta, y diciendo entre dientes:

— ¡Oh!.. ¡Qué sabía es la Providencia!..

Así acabó el famoso baile de la embajada inglesa.

CAPÍTULO V

EL DUELO

¿No conocen ustedes el saloncito azul de los señores de Miramar?

Pues es el más modesto rincón de la casa. Allí el piano, abierto como una boca que sonrío, muestra sus teclas de marfil y ébano; el caballete presenta más allá, con la seriedad de un juez, un paisaje recién concluído, en el que, real y verdaderamente, la tierra se confunde con el cielo. En este lado una lujosa jardinera deja ver sus verdes hojas y sus menudas flores; en el otro un precioso escritorio de palo santo luce sus elegantes formas. Hay en medio de la estancia un velador, cuyas molduras descubren lo macizo de la caoba; cuatro estantes pequeños, que más parecen de encaje que de madera, encierran libros selectos, ricamente encuadernados; anchos espejos cubren los recuadros de las paredes, multiplicando la luz, el espacio, los muebles y las personas; limpia chimenea de pulido mármol templada suavemente con su fuego el aire que se respira; jarrones de porcelana ostentan sus vivos colores, y alzan sus elegantes brazos ricos candelabros de severo bronce. Y todo esto se destaca sobre el fondo azul que forman el diván, las butacas, los sillones, la alfombra y las cortinas. Es la pieza en que la familia toma café después de comer, y donde no entran más que los amigos de confianza.

Algunos de ellos se hallaban reunidos en el salón azul